



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Virilidad, dignidad y lo público en la Inglaterra bajomedieval

Autor:

Fletcher, Christopher

Revista:

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

2014, 47, 45-66



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

VIRILIDAD, DIGNIDAD REGIA Y LO PÚBLICO
EN LA INGLATERRA BAJOMEDIEVAL*

*MANHOLD, KINGSHIP AND THE PUBLIC
IN LATE MEDIEVAL ENGLAND*

Christopher Fletcher

Université de Paris I (Panthéon-Sorbonne)

Fecha de recepción: Julio 2013

RESUMEN

Los Reyes de Inglaterra durante la baja Edad Media actuaban en el marco de una sociedad política cada vez más abierta. Los monarcas consideraban oportuno persuadir a su gente de la rectitud de su política, y el público inglés encontró mecanismos para expresar sus opiniones, desde la elevación de peticiones, a la murmuración y la rebelión. Este artículo examina algunas de las implicaciones que estas cuestiones plantean. En particular: ¿qué efecto tuvo la naturaleza pública de la monarquía sobre la relación entre los ideales de comportamiento aplicables a los reyes y las normas de masculinidad aplicables a todo hombre? Trataré de responder a esta cuestión comparando las proclamaciones de Eduardo III (1327-77) y las acusaciones de injurias al rey durante el reinado de Enrique VI (1422-61), con algunos ataques efectuados con anterioridad contra Eduardo II (1307-27). Los dos primeros fueron juzgados con arreglo a ideales de virilidad aplicables a todo hombre. El último fue criticado por conductas potencialmente masculinas que sin embargo eran inadecuadas para un rey. De todos modos, sería imprudente aplicar una narrativa secuencial a estas circunstancias políticas diferentes. La variedad de las interpretaciones disponibles sobre la virilidad posibilitaba la crítica o el elogio de los reyes por su hombría o su falta de ella, dependiendo de las circunstancias políticas concretas. Lo que es seguro, sin embargo, es que la naturaleza pública de la monarquía hizo de la hombría del rey un poderoso instrumento político a lo largo de este período.

* Versión original en idioma inglés publicada en: *Edad Media, Revista de Historia*, 13, 2012, pp.123-142, Universidad de Valladolid. Traducción al español: María de la Paz Estevez (Universidad de Buenos Aires - CONICET)

Palabras clave

Virilidad, Masculinidad, Opinión pública, Ámbito público, Realeza, Inglaterra medieval

ABSTRACT

Late medieval English king operated in an increasingly public political society. Monarch found it expedient to persuade their people of the rectitude of their politics, and the English public found ways to express their opinions, from petitioning to gossip and rebellion. This article examines some of the consequences of this state of affairs. In particular: What effect did the public nature of kingship have upon the relationship between ideals of conduct applicable to kings and norms of masculinity which applied to all men? This question is addressed by comparing proclamations of Edwards III (1327-77), and reports of treasonous words under Henry VI (1422-61), with earlier attacks on Edward II (1307-27). The first two were judged by ideals of manhood which applied to all men. The latter was criticized for potentially manly pursuits which were nonetheless inappropriate for a king. Still, it would be unwise to impose a developmental narrative on these diverse political circumstances. The variety of interpretations of manhood available made it possible to criticize or praise kings as manly or unmanly according to particular political circumstances. What is certain, however, is that the public nature of kingship made the king's manhood a powerful political tool throughout this period.

Key words

Manhood, Masculinity, Public Opinion, Public Sphere, Kingship, Medieval England

Los monarcas medievales ¿eran iguales a los otros hombres? Un siglo de trabajos sobre la sacralidad de la monarquía ha tendido a remarcar las diferencias entre los reyes y sus congéneres masculinos adultos, incluso sus compañeros nobles. En Inglaterra, al menos para la época de Guillermo el Conquistador, la presencia del rey coronado era celebrada cantando el *laudes regiae*, que enlazaba y confundía poder divino y terrenal¹. Incluso los nobles rebeldes del siglo XII se

¹ KANTOROWICZ E.H., *Laudes Regiae: A Study of Liturgical Acclamations and Mediaeval Ruler Worship*, Berkeley, University of California Press, 1958; *The King's Two Bodies: A Study in Mediaeval Political Theology*, Princeton, Princeton University Press, 1957, esp. Cap. 3. Para la tesis que supone que los *laudes* fueron traídos por Guillermo I, véase COWDREY H.E.J., "The Anglo Norman *Laudes Regiae*", *Viator*, 1981, n° 12, pp. 37- 78. Para una propuesta que indica que fueron introducidos con anterioridad, véase HARE M., "Kings, Crowns and Festivals: the Origins of Gloucester as a Royal Ceremonial Centre", *Transactions of the Bristol and Gloucestershire Archaeological Society*, 1997, n° 115, pp. 41- 78; LAPIDGE M., "Ealdred of York and MS Cotton Vitellius E.XII", *Yorkshire Archaeological Journal*, 1983, n° 55, pp. 11- 25.

cuidaron de no levantarse en armas contra el rey en persona, entendiendo que no se debe tocar a aquel ungido por el Señor². Para finales del siglo XIII, el toque curativo del rey era buscado por aquellos afectados por la enfermedad³. La persona del rey, ubicada por encima de los hombres, era diferente a ellos⁴.

Sin embargo, el rey aún era un hombre. Un aspecto sugerente que muestran trabajos recientes sobre la historia de la virilidad ha sido proponer que las ideas acerca de lo que un hombre *debe ser* tienen que ser reconciliadas con aquellas otras que plantean las formas en que se determina cuando una acción es correcta. Por lo demás, se sostiene que las ideas sobre la virilidad han influenciado, en ciertas ocasiones, a fenómenos sociales, culturales y políticos independientes⁵. ¿Podría esto ser cierto para la monarquía bajo medieval? En otro trabajo propuse que los conceptos de virilidad jugaron un rol importante durante el reinado de Ricardo II de Inglaterra (1377- 1399)⁶. En el presente artículo quisiera explorar si estos resultados pueden generalizarse. Dejando de lado las circunstancias particulares del tardío siglo XIV (un rey coronado a la edad de diez años; una situación militar insoluble; una población llevada a la rebelión debido a los impuestos de guerra, entre otras cosas), ¿hasta qué punto los conceptos de

² STRICKLAND M., "Against the Lord's anointed: aspects of warfare and baronial rebellion in England and Normandy, 1075- 1265", en GARNETT G. y HUDSON J. (eds.), *Law and Government in Medieval England and Normandy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 56- 79.

³ BARLOW F., "The King's Evil", *English Historical Review*, 1980, n° 5, pp. 3-27; BLOCH M., *Les rois thaumaturges*, París, Gallimard, 1983.

⁴ Para la tesis de que los reyes carolingios no estaban sometidos a los mismos criterios morales que el resto de los hombres, véase: STONE R., "Kings are different: Carolingian mirrors for princes and lay morality", en LACHAUD F. y SCORDIA L. (eds.), *Le Prince au miroir de la littérature politique de l'Antiquité aux Lumières*, Mont Saint Aignan, Publications des Universités de Rouen et du Havre, 2007, pp. 69- 86.

⁵ Véase e.g. para ideales romanos de virilidad y cristianización del Imperio: KUEFLER M., *The Manly Eunuco: Masculinity, gender ambiguity and ideology in late antiquity*, Chicago, Chicago University Press, 2001; para el debate sobre el clero bajo medieval, virilidad y actividad sexual, véase SWANSON R.W., "Angels Incarnate: Clergy and Masculinity from Gregorian Reform to Reformation", en HADLEY D.M. (ed.), *Masculinity in Medieval Europe*, Londres, Longman, 1999, pp. 160- 177; NEAL D.G., *The Masculine Self in Late Medieval England*, Chicago, Chicago University Press, 2008, pp. 89- 122; FLETCHER C.D., "The Whig Interpretation of Masculinity? Honor and sexuality in late medieval manhood", en BRADY S. y ARNOLD J. (eds.), *What is Masculinity? Historical arguments and perspectives*, Londres, Palgrave, 2011.

⁶ FLETCHER C.D., *Richard II: Manhood, youth and politics*, Oxford, Oxford University Press, 2008.

virilidad aplicados a otros grupos sociales se aplicaron también al rey?⁷ ¿Qué cambios podemos discernir con el tiempo y a medida que evolucionó la sociedad política?

Un proceso central que transformó la naturaleza de la relación entre monarquía y virilidad en la Inglaterra bajo medieval fue la expansión gradual de lo público, un aspecto del desarrollo de lo que han sido llamados los estados “políticos” u “organizaciones políticas”, factibles de ser detectados a lo largo de Europa en este período⁸. Durante la baja Edad Media, el grupo formado por aquellos que se sabe fueron afectados por las políticas de reyes y nobles, y que se formaron opiniones políticas sobre aquellos, se incrementó de forma sostenida al tiempo que la administración real, la justicia y la fiscalidad penetraron de forma más profunda en la sociedad local⁹. Esto se ha entendido como un período de “diálogo político”- o, de acuerdo a una definición que remarca la desigualdad de este diálogo- “intercambio político”, cuando reyes y príncipes consideraron cada vez más necesario influenciar sobre, o incluso crear, “opinión pública”¹⁰. En Inglaterra,

⁷ Una cuestión propuesta por CARPENTER D., “Goto the devil”, *London Review of Books*, julio de 2010, vol. 32- n° 14, pp. 30- 31.

⁸ Para Inglaterra véase GENET J-P., *La genèse de l'État moderne: Culture et société politique en Angleterre*, Paris, PUF, 2003. Para un desarrollo similar a lo largo de Europa, véase WATTS J.L., *The Making of Polities*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

⁹ Para el fenómeno en general véase WATTS, *The Making of Polities*. Para Inglaterra, véase MADDICOTT J.R., *The English Peasantry and the Demands of the Crown, 1294-1341*, Past and Present Supplement n° 1, 1975; HARRIS G.L., “Political Society and the Growth of Government in Late Medieval England” *Past and Present*, 1993, n° 138, pp. 28- 57. Para un desarrollo comparable en Castilla, véase OLIVA HERRER H.R., “Espace public et critique politique dans le monde rural à la fin du Moyen Âge”, en BOUCHERON P. y OFFENSTADT N. (dirs.), *L'espace public au Moyen Âge. Débats autour de Jürgen Habermas*, PUF, 2003, pp. 301- 19; *Justicia contra señores. El mundo rural y a política en tiempos de los reyes Católicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004. Para las visiones que sobre el rey de Francia tenía el pueblo, véase GAUVARD C., “L'image du roi justicier en France à la fin du Moyen Âge d'après les lettres de rémission”, en *107e Congrès national des sociétés savantes (Brest 1982): Séction d'histoire medieval et de philology*, Paris, Ministère de l'Education Nacional, 1984, pp. 165- 92; “Rumeur et stéréotypes à la fin du Moyen Âge”, en *La circulation des nouvelles au Moyen Âge: XXIVe congrès de la SMES*, Roma- Paris, École Française de Rome. Pub. de la Sorbonne, 1994, pp. 129- 37.

¹⁰ GUÉNÉE B., *L'Occident aux XIVe et XVe siècle: Les États*, Paris, PUF, 1971, 6ª edición 1998, p. 244 para dialogue politique, citado y reformulado críticamente como échange politique por BOUCHERON P. y OFFENSTADT N., “Introduction générale: une histoire de l'échange politique au Moyen Âge”, en BOUCHERON P. y OFFENSTADT

desde la Guerra de los Barones de mediados del siglo XIII en adelante, los reyes comprendieron la utilidad de persuadir a sus súbditos sobre lo válido de sus causas a través de proclamas y llamados para realizar oraciones públicas¹¹. No obstante, esta relación no se dio en un solo sentido. A través de acciones en tribunales de condado, peticiones en el parlamento, rebeliones o amenazas de rebelión, los hombres de pequeñas ciudades o comunidades rurales influyeron también sobre los actos de los reyes¹². Desarrollos similares a lo largo de la Cristiandad occidental llevaron a que muchos historiadores no dudaran, *pace* Habermas, a la hora de aplicar el concepto de “esfera pública” a la baja Edad Media¹³. Incluso cuando la acción de los súbditos de la autoridad real no iba más allá de poner por escrito sus reclamos, el contenido de charlas públicas, rumores,

N. (dirs.), *L'espace public*, pp. 1- 21. Para un abordaje crítico de la opinión pública véase GAUVARD C., “Le roi de France et l'opinion publique à l'époque de Charles VI”, en *Culture et idéologie dans la genèse de l'État modern: Actes du table ronde CNRS*, 15- 17 oct. 1984, Roma, École Française de Rome, 1985, pp. 353- 66; “Qu'est- ce que l'opinion avant l'invention de l'imprimerie?”, en *L'opinion. Information, rumeur, propaganda. Les rendez- vous de l'Historia* (Blois 2007), Nantes, PLein Feux, 2008, pp. 221- 59.

¹¹ Para Inglaterra, véase JONES W.R., “The English Church and Royal Propaganda during the Hundred Years War”, *Journal of British Studies*, 1979, n° 19, pp. 18- 30; HEWITT H.J., *The Organization of War Under Edward III*, Manchester, Manchester University Press, 1966, pp. 158- 68. Para el uso regio de las proclamas en Francia, véase GAUVARD, “Le roi de France”, pp. 357-8; DUTOUR T., “L'élaboration, la publication et la diffusion de l'information à la fin du Moyen Âge (Bourgogne ducale et France royale)”, en LETT D. y OFFENSTADT N. (eds.), *Haro! Noel! Oyé! Pratiques du cri au Moyen Âge*, Paris, Pub. de la Sorbonne, 2003, pp. 141- 55.

¹² MADDICOTT J.R., “The County Community and the Making of Public Opinion in Fourteenth- Century England”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 1978, 5- n° 28, pp. 27- 43; DODD G., *Justice and Grace: Private petitioning and the English parliament in the late Middle Ages*, Oxford University Press, Oxford, 2007; CARPENTER D., “English peasants in politics, 1258- 67”, *Past and Present*, 1992, n° 136, pp. 3- 42; TUCK J.A., “Nobles, Commons and the Great Revolt of 1381”, en HILTON R.H. y ASHTON T.H. (eds.), *The English Rising of 1381*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, pp. 194- 212; WATTS J.L., “The Pressure of the Public in Later Medieval Politics”, en CLARK L. y CARPENTER C. (eds.), *The Fifteenth Century. 4: Political Culture in Late Medieval Britain*, The Boydell Press, Woodbridge, 2004, pp. 159- 80; HARVEY I.M.W., *Jack Cade's Rebellion of 1450*, Clarendon Press, Oxford, 1991.

¹³ Véase las contribuciones de BOUCHERON y OFFENSTADT, *L'espace public*.

y lo que los contemporáneos llamaban fama¹⁴ puede a veces vislumbrarse en fuentes escritas¹⁵. En este artículo, me interesa explorar ambas cuestiones: de una parte, qué tienen para decirnos los juicios del público inglés sobre los reyes en términos de la relación entre monarquía y virilidad; y, de otra, qué revelan las proclamas reales sobre los esfuerzos de la monarquía para hacer uso en su propio beneficio de la virilidad en común entre el rey y sus súbditos.

En primer lugar, y antes de avanzar en el examen de la relación entre virilidad y dignidad regia, es necesario considerar los conceptos bajo medievales sobre la naturaleza del hombre. Digo “conceptos” en plural porque la cultura bajo medieval contiene numerosas perspectivas superpuestas y contradictorias sobre las características ideales de la virilidad.

La estructura conceptual más fácil de discernir en las fuentes disponibles es aquella que uno podría llamar clerical, o tal vez cultura clerical- hallada en sermones, obras devocionales, manuales para gobernantes e incluso en la teoría médica. Este conjunto de conceptualizaciones fue, en su mayor parte, defendida por parte del clero durante la temprana y alta Edad Media, pero para el siglo XV ya serían también familiares para administradores laicos, nobles que contarán con un nivel básico de educación para su clase, e incluso todos aquellos que escucharan sermones o que acudieran a obras de teatro del género de las “moralidades”¹⁶.

¹⁴ Sobre la fama véase GAUVARD C., “La Fama, une parole fondatrice”, *Médiévales*, 1993, n° 24, pp. 5- 13; ID., *De grace especial: Crime, état et société en France à la fin du Moyen Âge*, Publications de la Sorbonne, Paris, 1991; FENSTER TH. y SMAIL D.L. (eds.), *Fama: The politics of talk and reputation in medieval Europe*, Cornell University Press, Ithaca, 2003; THERY J., “Fama: L’opinion publique comme prevue judiciaire”, en LEMESLE B. (dir.), *La prevue en justice de l’Antiquité à nos jours*, Pub. de l’université de Rennes, Rennes, 2003, pp. 119- 47.

¹⁵ Para rumores en Francia véase GAUVARD, “Le roi de France”, “Rumeur et stereotypes”, y otras contribuciones en *La circulation des nouvelles*, especialmente la de BEAUNE C., “La rumeur dans le Journal du Bourgeois de Paris”. Para Inglaterra véase ROSS C., “Rumour, propaganda and popular opinion during the Wars of the Roses”, en GRIFFITHS R. (ed.), *Patronage, the Crown and the Provinces in Later Medieval England*, Alan Sutton, Gloucester, 1981, pp. 15- 32; ARMSTRONG C.A.J., “Some examples of the distribution and speed of news in England at the time of the Wars of the Roses”, en HUNT R.W., PANTIN W.A. y SOUTHERN R.W. (eds.), *Studies in Medieval History presented to F.M. Powicke*, Clarendon Press, Oxford, 1948, pp. 429- 54.

¹⁶ FLETCHER C.D., “Être homme et l’histoire politique du Moyen Âge: quelques réflexions sur le changement et la longue durée”, en SOHN A.M. (ed.), *Histoire des homes et des masculinités*, École Normale Supérieure, Lyon, 2012 (en prensa); Ricardo II, pp. 60- 74; DUNLOP F., *The Late Medieval Interlude: The Drama of Youth and Aristocratic Masculinity*, York Medieval Press, Woodbridge, 2007, pp. 22- 53.

En esta visión eclesiástica de la virilidad, la acción virtuosa se lograba, en primer lugar, gracias a la determinación racional del camino correcto, y luego por el vigor y la perseverancia que permitían mantenerse en el camino a pesar de los impulsos de las tentaciones mundanas y corporales. El hombre perfecto era aquel que tenía grandes impulsos, pero los controlaba. Este arquetipo puede ser el propuesto en la antigüedad por el doctor Hipócrates, tal como se describe en la sección de fisonomía del *Secretum Secretorum*, una guía para gobernantes que circuló ampliamente, y en varias versiones, en la Inglaterra bajo medieval¹⁷. En un intento por probar al fisónomo Filemón, los estudiantes de Hipócrates le enviaron una imagen de su maestro. Al ver la imagen, Filemón declaró que ese hombre era naturalmente mentiroso, avaro y lascivo¹⁸. Los estudiantes de Hipócrates protestaron escandalizados. Pero entonces su maestro reveló que, efectivamente, el mismo era presa de esos impulsos que, sin embargo, resistía con gran esfuerzo. “*Ordeno que mi alma gobierne a mi cuerpo*”, decía, y podía entonces vivir una vida virtuosa¹⁹.

El autocontrol era la clave en esta visión de la virilidad. La perseverancia y la constancia en los propósitos diferenciaban al hombre de los jóvenes y las mujeres quienes, como resultado de una naturaleza física inconstante, eran menos capaces de resistir los impulsos pecaminosos. Esta visión de la virilidad ideal se adaptó muy bien a aquellas lecciones encontradas en sermones y tempranos espejos de príncipes concernientes a la naturaleza ideal del gobierno. Al tratar sobre éste, estos escritos no dejan de remarcar que, para poder gobernar a otros, primero hay que dominarse a sí mismo²⁰.

Sin embargo, la visión clerical de la virilidad no era la única en la Inglaterra bajo medieval. Igualmente fuerte era una idea sobre el hombre que también resaltaba el vigor y la perseverancia, pero en diferentes situaciones. Esta concepción se revela mejor por el contexto y la connotación de palabras como *varonil* y *virilidad* en textos ingleses bajo medievales²¹. Son, de hecho, notoriamente similares a las más tempranas connotaciones de las palabras latinas

¹⁷ MANZALAOUI M.A. (ed.), *Secret Secretorum: Nine English Versions* (ed. EETS 276), Oxford University Press, Oxford, 1977.

¹⁸ ID., *ibid.*, pp. 10- 11, 90, 197- 8.

¹⁹ ID., *ibid.*, p. 11. Cf ID., *ibid.*, p. 90. La versión de c. 1484 establece que él lo hizo *qwan I came to mannis age* (p. 198).

²⁰ LACHAUD F., *L'éthique du pouvoir au Moyen Âge*, Classiques Garnier, París, 2010, pp. 111- 113, 125-6; SENELLART M., *Les arts de gouverner: Du régime medieval au concept de gouvernement*, Seuil, París, 1995.

²¹ FLETCHER C., *Ricardo II*, cap. 2.

*viriliter y virtus*²². Desde esta segunda perspectiva, la acción *varonil* era ante todo vigorosa, la acción perseverante en la lucha. Este vigor era comúnmente requerido cuando se hacía necesaria la defensa, especialmente en situaciones desventajosas.

A modo de ejemplo, más o menos azaroso, una continuación de inicios del siglo XV o fines del XIV de la crónica de *Brut*, cuando narra la expedición naval de Eduardo III a Flandes en 1340, relata como el rey cayó de forma *varonil* y ardorosa sobre la armada francesa en el puerto de Sluys²³. Más tarde, en 1346, el rey inglés ataca Caen, donde libra una feroz batalla en un puente que es "*manly and orpudly ystreghted and defended with Normannes*"²⁴. Y, en otra continuación de *Brut*, el joven conde de March es emboscado por una "*grete multitude... of wilde Iryschmen*" que buscan capturarlo y matarlo, pero "*he come out ffersely of his Castel with his people, and manly ffaught with ham*" - a pesar de que ello no lo salvó de terminar en pedazos²⁵.

En contextos como éste es posible discernir otra connotación de virilidad - una ligada a la necesidad de prevenir la vergüenza y defender el honor personal, la reputación o fama²⁶. Una fórmula del romance declaraba que era mejor pelear de forma varonil que huir con vergüenza e indecencia²⁷. Luchando varonilmente, los ingleses de la baja Edad Media podían proteger y aumentar su *virilidad*, que en este sentido era un sinónimo de honor. La generosidad también podía proteger y aumentar esta virilidad, por medio de la construcción de status gracias a la entrega de regalos²⁸. En este sentido, la virilidad de un hombre era su derecho a portar la dignidad de ser hombre. En muchas ocasiones no queda claro si este hombre era un adulto, un varón y un ser humano. Pero lo que sí lo estaba era el vínculo con el tipo de actividades a través de las que se ganaba o demostraba *virilidad*.

Así, aquel que peleaba varonilmente se comparaba con el "verdadero hombre" que Derek Neal ha señalado recientemente como el tipo ideal de virilidad de la

²² MCDONNELL M., *Roman Manliness Virtus and the Roman Republic*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, cap. 1.

²³ BRIE F.W.D. (ed.), *The Brut*, ed. EETS os 131, 136, Kegan Paul, Trench and Tübner, Londres, 1906- 1908, vol. II, p. 295.

²⁴ ID, *ibid.*, p. 297.

²⁵ ID, *ibid.*, p. 341

²⁶ Sobre la *fama* véase FENSTER T. y SMAIL D.L. (eds.), *Fama: The Politics of Talk and Reputation in Medieval Europe*, Cornell University Press, Ithaca, 2003, y *Médiévales*, 1993, nº 24, dirigido por Gauvard.

²⁷ ZUPITZA J. (ed.), *The romance of Guy of Warwick*, EETS es 42, 49, 59 (1883-1891); II. 2119- 20 (desde Gonville y Caius College, Cambridge MS 107). Véase también FLETCHER C., *Ricardo II*, cap. 2.

²⁸ ID, *ibid.*, ch. 3.

baja Edad Media²⁹. Un comportamiento falso, o lo que es decir poco confiable o desleal, generaba vergüenza y era, en este sentido, de poca hombría, característica propia más de un falso ladrón que de un verdadero hombre. Por esta razón, un *espejo de príncipes* de mediados del siglo XV previene contra la fe que se quiebra “for that longeth to common harlottes [lo que significa: gente poco confiable] and peeple withoute feith”³⁰. Ser “sincero” era un tipo de acción perseverante, comparable a mantenerse en pie durante una batalla. Se caracterizaba por mantener la propia palabra, muy necesaria desde que “yf thou breke thy feith, all men shall liken the to the childe or best vnreasonable”³¹.

Estos son, en suma, algunos de los significados de virilidad que surgen más claramente de las fuentes disponibles para la baja Edad Media. No representan el espectro total, o al menos no describen la totalidad de posibles inflexiones en las asociaciones de actuar como hombre. El vigor mostrado en la batalla podría, potencialmente, manifestarse también en trabajos y acciones más humildes. En algunos sermones, y en obras de carácter moralista como el poema aliterado *Piers Plowman*, se sugiere que el trabajo manual puede ser varonil³². De otra parte, los peleadores de tabernas o callejeros también podrían tener la necesidad de defender su virilidad negándose a huir de forma vergonzosa, aún estando lejos del contexto caballeresco que surge de crónicas, sermones o fuentes literarias³³. Por cierto, parece claro que la tendencia de autores de fines del siglo XX y principios de XXI a asumir que la sexualidad es central en toda concepción de masculinidad no tiene lugar en la noción de virilidad de la baja Edad Media³⁴, aunque también sería errado ir demasiado lejos en la dirección opuesta, y afirmar que las concepciones bajo medievales de lo que es ser un hombre no tenían

²⁹ NEAL D.G., *The Masculine Self*, cap. 1; SHEPARD A., “Manhood, Credit and Patriarchy in Early Modern England, c. 1580- 1640”, *Past and Present*, 2000, n° 167, pp. 75- 106.

³⁰ MANZALAOUÏ (ed.), *Secretum*, p. 326. Para el significado de *harlot* (prostituta) véase NEAL D. G., *The Masculine Self*, p. 38

³¹ MANZALAOUÏ (ed.), *Secretum*, p. 326. Véase también ID., *ibid*, pp. 43, 140..

³² Por ejemplo: *The Sermons of Thomas Brinton, Bishop of Rochester (1373-1389)*, Ed. Devlin M.A., Camden Soc., 3° ser. 85, Royal Historical Society, Londres, 1934, p. 100; *Fasciculus Morum: A fourteenth-century preacher's handbook*, WENZEL S. (ed. y trad.), Pennsylvania University Press, University Park, 1989, pp. 422-5. Sobre identidad masculina y trabajo véase DAVIS I., *Writing masculinity in the later middle ages*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

³³ Véase FLETCHER, *Ricardo III*, pp. 38-9.

³⁴ FLETCHER, C., “The Whig Interpretation of Masculinity?”, en NEAL D., *The Masculine Self*, pp. 89- 122.

ninguna relación con la actividad sexual. Dicho esto, parece que en las fuentes disponibles la virilidad bajo medieval tenía vínculos más fuertes con las ideas de vigor, perseverancia, respeto y dignidad, todo lo contrario del status y comportamientos vergonzosos de las bestias, niños, mujeres, los individuos no confiables y aquellos de categoría inferior.

Una vez realizado este corto estudio y teniendo en mente los conceptos bajo medievales de virilidad, podemos volver a la cuestión de cómo estos se cruzaron con las ideas contemporáneas de dignidad regia. Al menos en materia de guerra y diplomacia, el rol del rey y el rol del hombre coincidían de manera estrecha. A la hora de tratar con poderes exteriores o criminales, lo ideal era que el rey reaccionara vigorosamente, preocupado por su honor, y haciendo uso de violencia si era necesario, pero al mismo tiempo manteniendo el control y la razón, estableciendo sus derechos, y procediendo con moderación.

Un claro ejemplo de un rey que se presentaba a sí mismo de forma tal que mostraba lo que tenía en común con otros hombres era el de Eduardo III (1327-1377) y sus esfuerzos por persuadir al público de lo justo de su causa. Preparando el caso para librar la guerra, en una serie de proclamas entre 1337 y 1340, Eduardo intentó persuadir al público, a príncipes extranjeros, y al papado de que todos los recursos legales le habían sido denegados de tal modo que significaron afrontas a su honor y al de todos los ingleses. Para la fecha en que asume formalmente el título de rey de Francia, el 8 de febrero de 1340 y abriendo el período de conflictos anglo-franceses más tarde conocido como la Guerra de los Cien Años, su retórica había alcanzado una forma completamente evocativa.

Los historiadores han prestado mucha atención a las justificaciones de Eduardo que circularon en aquel tiempo, tanto al interior del reino como en el exterior, y a su uso de sermones y pedidos de plegarias en apoyo a su causa³⁵. Sin embargo, a la hora de analizar textos particulares, se concentraron en las cartas reales enviadas al Papa y a los cardenales de Aviñón, y a la nobleza y al pueblo de Francia³⁶. Pero, a pesar de que estas proclamas parecen también haber circulado

³⁵ BARNIE J., *War in Medieval Society*, Weinfeld and Nicolson, Londres, 1974, pp. 4-5; HEWITT, *Organization of War*, p. 159; LE PATOUREL J., "Eduardo III and the Kingdom of France", *History*, 1958, n° 43, pp. 173- 189.

³⁶ RYMER T. et al (eds.), *Foedera*, Records Comisión Edition, Londres, Eyre and Strahan, 1816- 69, vol. II, pt. II, pp. 1108- 9, 1111. LE PATOUREL, "Edward II", p. 176; HEWITT, *Organization of War*, p. 159 se propone discutir las proclamas de Eduardo al pueblo de Inglaterra pero da una serie de referencias a secciones de *Foedera* se citan cartas a los potenciales súbditos franceses de Eduardo. En este documento son continuados por BARNIE, *War in Medieval*, p. 7, a pesar de que Barrie sólo discute en detalle los documentos enviados al papa y los cardenales en Francia tal como fueron copiados en la crónica de *Murismuth*, referenciada a continuación.

en Inglaterra desde el momento en que han sido copiadas o se alude a ellas en un número de crónicas monásticas³⁷, parece que fueron mal adaptadas para estimular el espíritu de los ingleses para ayudar al rey. Las cartas al pueblo de Francia, en particular, pretendían asegurar a los futuros súbditos de Eduardo que él no impugnaría sus derechos, sino que restauraría la antigua y correcta ley de San Luis. Este no era el tipo de discurso que funcionaba bien en Inglaterra, o incluso en Aquitania, y Eduardo sintió la necesidad de realizar proclamas simultáneas reasegurando a sus súbditos que su nuevo título no objetaría sus derechos subordinándolos a la corona de Francia³⁸. No siempre se advierte que las proclamas al Papa, a los cardenales y al reino de Francia no son las únicas versiones que han sobrevivido de la proclama de Eduardo. Otro texto fue encontrado en la biblioteca Cotton, en un volumen que perteneció a Jacquetta de Luxemburgo, esposa de Juan, duque de Bedford, hermano de Enrique V y regente durante largo tiempo en Francia. El documento fue editado por Thomas Rymer antes de que fuera aparentemente destruido por el fuego en 1731³⁹.

Esta carta abierta ofrece una defensa de los reclamos del rey de retórica compleja, y en una versión que mejor cuadra con el público inglés. Parece haber sido dirigida a una gran audiencia, tal vez eclesiástica en un principio, pero con

³⁷ Copiadas en *Adae Murimuth Continuatio Chronicarum et Robertus de Avesbury De Gestis Mirabilibus Regis Edwardi Tertii*, ed. THOMPSON E.M., Roll Series, Londres, 1889, pp. 309-10 (para los franceses), 91, 303 (para los cardenales). Aludido en *Crónica Monasterii de Melsa*, ed. BOND E.A., Longmans, Green, Reader and Dyer, Londres, 1868, a pesar de que dice que las cartas circularon en francés, inglés y latín. La carta en inglés pudo no haber sido la misma que la enviada a los franceses, por razones discutidas en el párrafo.

³⁸ FROISSART I., *Oeuvres*, Bruselas, 1867-77, vol. XVIII (Pièces justificatives), pp. 129-30 (England will no be subjetc of the kingdom of France). *Foedera*, Records Comisión Edition, vol. I, pt. Ii, p. 1127.

³⁹ Publicado por primera vez en RYMER T. (ed.), *Foedera*, Churchill, Londres, 1704-1717, vol. V, pp. 160-3. Citado como MS Cotton Otho D. 11, f. 106. Este volumen fue seriamente dañado, aunque no totalmente destruido, por el incendio de 1731. La British Library conserva actualmente 150 hojas y fragmentos de este volumen, pero el examen revela que no se observan trazos legibles del documento que Rymer transcribió. La carta debió estar al final del volumen, tal vez incluida en la *Histoire de la noble fortress de Lusignen en Poitou; compilé selon diverses croniques* que, según el catálogo de Cotton, comienza en f. 101, aunque pudo también haber sido copiada por separado hacia el final y pasada por alto por Cotton. Véase SMITH T., *Catalogue of the Manuscripts in the Cottonian Library 1696*, ed. TITE C.G.C., Brewer, Cambridge, 1984, pp. 74-5. Los editores de la *Foedera* de la Records Comisión solo reprodujeron la transcripción de Rymer sin conocer las vicisitudes del manuscrito. Véase *Foedera*, Records Comisión Edition, vol. II, pt. ii., pp. 1109-1110.

una poderosa cadena retórica apropiada para el uso en predicaciones más tardías, y en proclamas públicas. Narra una vez más como le fueron negados sus derechos a Eduardo en repetidas ocasiones por parte de “Philip de Valois” o Felipe de Valois. Su narración de injusticias culmina en el relato de un incidente final que se aparta de la mirada estrictamente legal, y que no se halla en las proclamas dirigidas a las audiencias francesa y papal. En la carta esta historia precede inmediatamente el momento en que Eduardo III alcanza la mayoría de edad, ve el deshonor que se le ha hecho a su persona y repudia sus juramentos debidos a Felipe VI. En primer lugar, el texto recopila raides realizados a barcos ingleses y los ataques a Guernsey, ocupada en septiembre de 1338, enfatizando su carácter brutal⁴⁰. Un crimen en particular es rescatado para darle un tratamiento más detallado. De acuerdo a la carta, los franceses capturaron a un “simple pescador inglés” (*piscatores simplices anglicos*) que no había hecho nada malo. Entonces, con furiosa *inhumaniter* en sus rostros, los franceses cortaron la nariz del pescador, sus orejas y finalmente sus genitales, que debieron estar cubiertos *pro humanitate*, y los pusieron en la boca del pobre hombre antes de conducirlo desnudo por la ciudad. Todo esto se hizo *in spectaculum et contumeliam anglicae nationis*- para pública humillación e insulto de la nación inglesa- antes de ser cruelmente ejecutados.

Eduardo III es presentado en esta declaración abierta como un señor que busca venganza, acción justificada por los malos actos cometidos contra sus hombres. También el suceso es presentado como un acto contra la *humanitas*, lo que para los hablantes ingleses contemporáneos que no contaban con la palabra “humanidad”, pudo haber significado “virilidad”- entendiéndose por esta aquellas cualidades comunes a todos los “hombres” en el sentido de seres humanos, pero también en tanto “hombre” como criatura que merece respeto. Aquellos que mutilaron, humillaron y ejecutaron al pescador inglés erraron al no mostrar la piedad debida hacia sus congéneres- un tema que cuadra para un sermón a favor de la causa del rey. Pero, al mismo tiempo, esta carta abierta también narra un ataque a la “virilidad” en un sentido diferente- al honor y respeto por los marineros, la nación inglesa y al rey.

No debemos asumir, por supuesto, que este tipo de táctica retórica haya siempre funcionado en beneficio del rey, tan pulida como está en esta instancia. A un año de esta declaración, Eduardo III enfrentó una de las más graves crisis de su reinado, precisamente al fracasar ganarse a la opinión pública. En otras ocasiones, además, en los siglos XIV y XV e incluso en peores circunstancias, la

⁴⁰ Véase SUMPTION J., *The Hundred Years War, vol. i: Trial by Battle*, Londres, 1990, p. 247.

necesidad del rey de defender su virilidad en la guerra y en la diplomacia pudo volverse en su contra, tal como lo muestran las habladurías que relacionaban su falta de vigor a las fallas domésticas y en el exterior.

El más claro ejemplo de un rey que perdió el vigor masculino requerido ocurrió en el otro final de la Guerra de los Cien Años, cuando el gobierno de Enrique VI (1422- 1461) y los dominios en Francia comenzaron a colapsar hacia los tardíos años de 1440⁴¹. Por caso, en uno de los varios reportes sobre comentarios traidores contra el rey que datan de este periodo, un tal Richard Spencer testificó que mientras cabalgaba con William Parker de Westminster para arrestar en nombre del rey a un *strong felon*, este último hizo uso de palabras poco cuidadas⁴². Parker dijo, de forma traidora, que “*that hit is is grete pyte that euer our soueraigne lord now regnyng chulé be kynge other regne for this that he occupieth him not in Werres beyond the see*”. Por ello “*ther are so mony traytours and felons in Englond as are this y hard*”, tan peligroso como el *strong felon* al que iban a arrestar. Ello, de acuerdo con Parker, sucedía por la incapacidad de Enrique VI de lidiar con la colapsada situación en Francia, que hacía que los criminales se sintieran envalentonados para actuar como quisieran. Este testigo evidentemente cree que el vigor personal del rey está hasta tal punto relacionado con su éxito para gobernar que su incapacidad para aplicarlo a sí mismo no solo lleva al fracaso en la guerra, sino incluso al colapso del orden interno. Incluso si los alegatos contra Parker no son ciertos, demuestra que su acusador creía que este tipo de denuncia era escandalosa y plausible.

Para los críticos de Enrique VI, la falta de vigor- cualidad esencial de la virilidad- se encontraba en las raíces de sus fallas como rey. Así ocurre en otro caso de comentarios traidores, fechados esta vez en noviembre de 1446, en las que un tal John Page, pañero de Londres, alega que, presuntamente, se le dijo que el conde de Suffolk y el obispo de Salisbury, que entonces sostenían al gobierno de Enrique VI, han “*sette suche Rule on our souerayn lord the king that hys rull is nowetz*”- que, en verdad, éste no estaba gobernando⁴³. Page también alega decir que, cuando sea que el rey “*wold ha [ue] [h]ys dysporte wyth our souerayn lady*

⁴¹ Sobre la crisis, véase HARRISS G.L., “Marmaduke Lumley and the Exchequer Crisis of 1446-9”, en ROWE J.G. (ed.), *Aspects of Late Medieval Government and Society*, University of Toronto Press, Toronto, 1986, pp. 143- 78; KEEN M.H., “The End of the Hundred Years War: Lancastrian France and Lancastrian England”, en JONES M. y VALE M. (eds.), *England and her Neighbours, 1066- 1453*, Hambledon, Londres, 1989, pp. 297-311.

⁴² Nacional Archive, Londres [de aquí en adelante TNA] KB 9/260, m. 87. Para datación véase HARVEY, *Jack Cade's*, pp. 30-1.

⁴³ TNA, KB 9/260, m. 85.

the Quene”, el obispo y otros cercanos al rey “*conselyd hym that he schuld not come nye her*”. Debido a esto, ella no hubo de concebir, y a la tierra le faltó un príncipe. Entonces, la falta de voluntad del rey significó no solo que no gobernara el país, sino que tampoco tuviera la voluntad para retozar con la reina y así proporcionarle un heredero al reino.

John Page compuso entonces su traición lanzando dudas sobre el parentesco del rey, diciendo que el rey “*is not in his persoun as hys nobyll progenitours*” lo fue. ¿Cómo puede afirmarlo Page? Bien, “*his vesage was not fauoryd, for he had not bute a cheybeys face and is not stedefast of wytt as other kyngys have ben*”. Como resultado, Enrique fue perdiendo todo lo que su noble progenitor había ganado. No tenía una apariencia atractiva, sino solo una *cheybeys face*- una expresión que sugiere extrema juventud y, además, particularmente cuando expresa que su cara *was not favoured* se lo describe como la de un patán, o un *boie* de clase baja. Finalmente, se nos indica que Enrique “*was not stedefast of wytt*”. Esto cuadra con la notoria tendencia de Enrique VI a realizar cualquier cosa que quien estuviera frente a él le pidiera, pero también invocaba asociaciones más amplias relacionadas con la falta de perseverancia- una potencialmente vergonzosa y poco varonil falta de constancia de palabra y de acción. De acuerdo con las supuestas palabras de Page, esto llevó a perder la guerra y, continúa su acusación, a la expropiación de los pobres del común por parte de un mal Consejo. Todo esto justificó el levantamiento de los pobres para destruir al rey y a sus consejeros, tal como lo hicieron más tarde en la rebelión de Jack Cade de 1450⁴⁴.

Los críticos de Enrique VI resaltaron defectos que también hubieran expuesto una falta de virilidad en cualquier otro hombre. Los objetivos de guerra de Eduardo III se incorporaron fácilmente a un grupo de asunciones sobre la naturaleza del actuar masculino, y lo mismo puede decirse de Enrique V⁴⁵. El asunto no era tan sencillo con aquellos reyes que, si bien mostraron el vigor que existe en el corazón de la virilidad, fueron al mismo tiempo objeto de críticas⁴⁶. Por ejemplo, ¿cómo debía actuar el rey cuando consideraba que su honor estaba siendo desafiado por oponentes políticos internos, especialmente desde los más altos rangos de la nobleza? Desde una perspectiva alejada de los ideales de virilidad, los nobles del rey no tenían solo el derecho sino también el deber de aconsejarlo, y en momentos turbulentos algunos nobles llevaron adelante esa función más allá, hasta llegar a

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ Al que discuto en un artículo de mi autoría a ser publicado en breve, “The Manhood of Henry V”.

⁴⁶ He tratado ampliamente en otra parte sobre otro rey que entraba en esta categoría. Véase FLETCHER C., *Richard II*.

ejecutar reformas por sobre la autoridad del rey, afirmando conocer el honor del monarca mejor que él mismo. Pero éste era un territorio ambiguo, y fue un noble poco sabio el que negó que el rey fuera un hombre más cuya virilidad pudiera ser retada por ataques a su honor, y que pudiera sentir la necesidad de vengarse de aquellos que lo ofendieron.

Este fue el caso del reinado de Eduardo II (1307- 1327), y en gran medida fue por ello que su virilidad siguió siendo un problema durante mucho tiempo después de su deposición y muerte. A pesar de que la naturaleza de la relación entre Eduardo y sus favoritos, Piers Gaveston y Hugh Despenser el Joven, fue objeto de amplio debate⁴⁷, lo que es más sorprendente en relación a las percepciones públicas de la virilidad y la dignidad regia de Eduardo son los escasos comentarios sobre la índole sexual de esta relación durante su reñido gobierno⁴⁸. Tal parece que la historia del asesinato de Eduardo, de obvio simbolismo, es muy tardía, y que la acusación de sodomía no fue levantada contra él antes de 1326⁴⁹. Los elaborados relatos sobre la ejecución de Hugh Despenser el Joven hallados en las *Chroniques* de Jean Froissart, en las cuales se describe que el pene y los testículos de Hugh fueron cortados y quemados frente a el mismo bajo la acusación de ser herético y sodomita “*as was also said of the King*”, no figuran en relatos previos⁵⁰.

Pero, incluso a pesar de que las cuestiones sobre su sexualidad no fueron materia de discusión hasta la deposición de Eduardo II, parece de todas formas que la virilidad del rey sí fue un tema de debate público durante su reinado.

⁴⁷ Véase CHAPLAIS P., *Piers Gaveston: Edward II's adoptive brother*, Clarendon Press, Oxford, 1994, y la perspicaz reseña de PHILLIPS J.R.S., *English Historical Review*, 1996, vol. 111, pp. 1250- 2 y HAMILTON J.S., *American Historical Review*, 1996, vol. 101, pp. 169. 70. Para comentarios más recientes véase ORMROD W.M., “The sexualities of Edward II”, en DODD G. y MUSSON A. (eds.), *The Reign of Edward II*, Boydell, Moodbridge, 2006, pp. 22- 47.

⁴⁸ Si estas relaciones eran sexuales, o siquiera se pensaba que eran sexuales, esto apoyaría los argumentos de BOSWELL J., *Christianity, social tolerance and homosexuality*, Chicago University Press, Chicago, 1980, para un estudio sobre la tolerancia hacia las relaciones del mismo sexo en la Edad Media, aun si esta tolerancia era del tipo “no preguntar, no responder”. Solo cuando el rey estuvo a cerca a ser depuesto estas acusaciones se hicieron explícitas.

⁴⁹ MORTIMER I., “Sermons of sodomy: A reconsideration of Edward II's sodomitical reputation”, en DODDS y MUSSON, *Reign of Edward II*, pp. 48- 60.

⁵⁰ FROISSART J., *Chroniques*, ed. LUCE S., SHF, París, 1869, vol. I, pt. i, pp. 34-5, sigue LE BEL J., *Chronique*, ed. VIARD J. y DÉPREZ E., SHF, París, 1904- 5, pp. 27- 8.

Parece que Eduardo era visto en general no solo como bien parecido, sino además como de complexión fuerte- una representación clásica del hombre en el sentido de un individuo con fuerza y vigor. De todas formas, tanto en las narraciones contemporáneas como en aquellas posteriores a su deposición, los críticos de Eduardo alegan que debido a su moral *inconstant* -es decir debido a una moral que carece de la perseverancia asociada al auto control en el hombre, según los escritores de la Iglesia- mostró formas de comportamiento que amenazaron su honor y su reputación como rey. Más interesante para el propósito de nuestro trabajo, a ojos de sus críticos, una causa importante por la que el rey perdió su honor fue por participar de actividades que podrían haber sido perfectamente varoniles para la mayoría de sus súbditos. Su vigor se agotó, no solo debido a una moral disoluta, sino también por la compañía de individuos de clase baja, y por actividades que son tanto inmorales como inapropiadas para un rey. Perdió tiempo persiguiendo objetivos propios de los hombres comunes y -la conclusión es explícita- falló a la hora de ganar renombre a través de acciones varoniles en la guerra.

Estos temas son hábilmente reunidos hábilmente en la historia universal del monje Ranulph Higden de Chester, compuesta alrededor de una década después de la muerte del rey⁵¹. Al inicio de su relato del reinado de Eduardo, Higden afirma que el rey era "*fair of body and grat of strenght (corpore elagans, viribus praestans)*", pero continúa comentando que en su moral era muy inconstante- "*moribus... plurimum inconstans*"⁵². Higden adscribe este juicio a los comentarios populares- "*si vulga creditur*". El cronista continúa y explica, una vez más de acuerdo a temas moralistas conocidos, como el rey fue corrompido por la compañía que mantuvo. Eduardo no apreciaba la compañía de los nobles, y en su lugar pasaba su tiempo con canallas poco confiables⁵³, y con cantantes y actores. Higden practica entonces un movimiento en su escrito desde hombres de mala reputación a hombres de baja extracción, continuando su lista de las malas compañías del rey con carreteros, cavadores, remeros, marineros, barqueros, y otros trabajadores.

¿Qué hacía Eduardo con esta gente? Pasaba su tiempo bebiendo, revelando cuestiones del concejo privado sin cuidado, y atacando a aquellos cercanos a él

⁵¹ TAYLOR J., *The Universal Chronicle of Ralph Hieden*, Clarendon Press, Oxford, 1966, p. 2.

⁵² LUMBY J. R. (ed.), *Polychronicon Ranulphi Higden*, Roll Series, Londres, 1882, vol. VIII, p. 298: *unstedfast of maneres and of thewes* [i.e. moral carácter], tal como aparece en la traducción inglesa del tardío siglo XIV. *Ibid.* P. 299.

⁵³ John Trevisa traduce *scurris* al inglés medieval como *harlottes*, véase más arriba n. 27.

de las armas habría sobrepasado en proezas al rey Ricardo Corazón de León! La *Vita* nos asegura que esto habría sido indudable ya que, físicamente, Eduardo era alto y fuerte, un hombre bien parecido y con una figura fina.

Pero ¿por qué falló Eduardo en plasmar este potencial varonil? La *Vita* sugiere una explicación. Si Eduardo hubiera dado a las armas la atención que le dio a objetivos simples (*circa rem rusticum*) habría llevado a Inglaterra a lo alto. Su nombre- una vez más su *fama* y reputación- habría resonado a través de los dominios. Piers Gaveston es hecho responsable, póstumamente, de esta falta de educación al ser él quien llevó al rey por el mal camino, generó discordia en los territorios, y agotó el tesoro. Estos lamentos llevan astutamente a la narración de los eventos que produjeron la derrota del ejército de Eduardo a manos de Roberto de Bruce en la batalla de Bannockburn en 1314, señalando el hecho de que la discordia continua entre el rey y el conde de Lancaster luego de la ejecución de Gaveston en 1312 llevó a la ausencia del conde en las filas del ejército real. Una vez más, las malas compañías, la mala administración de las cuestiones financieras y militares, y una fraternidad impropia con las clases bajas son elementos reunidos para explicar por qué el vigor masculino del rey falló a la hora de liderar a victorias también propiamente masculinas. Esto también sirve de justificación a los miembros de la nobleza que se pretenden mejores árbitros del honor del rey que el monarca mismo.

Parece estar bien documentado que Eduardo apreciaba mucho la compañía de hombres de extracción baja⁵⁹. También parece que su preferencia por las actividades físicamente demandantes y al aire libre fue pronto relacionada con ataques a su virilidad en lo militar, e incluso a su legitimidad como rey. Al poco tiempo del suceso de Bannockburn, un hombre llamado Roberto el Mensajero fue acusado frente al conde de haber dicho “*many shameful words* de forma *irreverently*” respecto del rey, expresando que el rey fue derrotado por los escoceses porque falló en ir a Mass, y que esto se debió a que pasaba mucho tiempo haciendo fosos y cavando, y otras cosas vergonzosas (*et eciam alia indecencia*)⁶⁰. No queda claro si se supone que el rey cavaba en persona⁶¹, ni si la expresión *shameful things* se adscribe a Roberto el Mensajero, o si esta frase

⁵⁹ Para ejemplos véase PHILLIPS J.R.S., *Eduardo II*, Yale University Press, New Heaven, 2010, p. 32, n° 121.

⁶⁰ JOHNSTONE H., “The Eccentricities of Edward II”, *English Historical Review*, 1993, n° 48, pp. 264- 7 a p. 267.

⁶¹ RICHARDSON A., “Hedging, Ditching and Other Improper Occupations’: Royal landscapes and their meaning under Edward II and Edward III”, *Fourteenth- Century England*, 2006, n° 4, pp. 26- 42, esp. p. 31.

fue agregada por el jurado o el escriba que realizó la recopilación, como una especie de *et cetera*. De todas formas, lo que el documento muestra es que la asociación con este tipo de ocupaciones, ya sea en persona o en rol de supervisor, fue lo que alejó al rey de sus deberes religiosos y lo llevó a actividades simples y vergonzosas, y así a hacia la derrota en la guerra. Se deja implícito que el interés en estos trabajos no era propio de un rey, ni incluso de un caballero, agrupando a la acción de hacer zanjas y cavar con “*other shameful things*”⁶².

Entonces ¿fue Eduardo II un ejemplo de rey con una clase incorrecta de virilidad? Su fuerza y vigor pudieron haberlo llevado a la victoria en la guerra, pero dado que no fue exitoso esto debió haber sido resultado de un incorrecto ejercicio de sus energías. Eduardo pasó su tiempo dedicado a actividades que, si bien pudieron haber sido varoniles para un agricultor o un marinero, eran vergonzosas para un rey y para cualquier hombre con status caballeresco. Hay evidencia de que, para mediados de 1310, los comentarios públicos empezaban a sugerir que si Eduardo no se comportaba como rey, entonces tal vez no fuera un rey de verdad. En 1316, un tal Thomas de Tynwelle, clérigo, fue acusado de declarar públicamente que Eduardo II no era hijo verdadero de su padre⁶³. En 1318, mientras el rey y el conde de Lancaster se encontraban trabados en tensas negociaciones sobre la cuestión de la amenaza escocesa y el gobierno del reino, un hombre llamado John de Powderham comenzó a declarar que él, y no Eduardo II, era el legítimo hijo de Eduardo I, pero que fue cambiado en la cuna por el hijo de un carretero que ahora mandaba como rey⁶⁴. De acuerdo a la *Vita*, esta cuestión fue comentada en todas las comarcas del reino⁶⁵, y de hecho es mencionada en la mayoría de las crónicas del reinado de Eduardo⁶⁶. La crónica *Lanercost* también menciona la amplia circulación de este rumor, y llega a afirmar que no se acalló ya que, para el oído público, la acusación parecía tener algo de verdad- “*above all because the said lord Edward seemed in no way like the elder Edward [I] in any regard*”. De hecho, Eduardo “*since his adolescent given himself over in private to rowing and karting, to making ditches and thatching houses, was commonly*

⁶² Mismas implicaciones aparecen en una canción de burla cantada por los escoceses luego de Bannockburn que relaciona la vergonzosa derrota de Eduardo a su obsesión por remar. Véase Brut, vol. I, p. 208.

⁶³ PHILLIPS, *Eduardo II*, p. 15.

⁶⁴ Sobre este incidente, véase CHILDS W. R., “ ‘Welcome my brother’: Edward II, John of Powderham and the Chronicles, 1318”, en WOOD I. Y LOUD G. A. (eds.), *Church and Chronicle in the Middle Ages*, Hambledon, Londres, 1991, pp. 149- 63.

⁶⁵ *Vita*, p. 148.

⁶⁶ CHILDS W. R., “ ‘Welcome my brother’ ”, p. 150.

said". De noche, él y sus compañeros se dedicaban a "*mechanical arts... it was not fitting that the son of a king should attend to such things*"⁶⁷.

¿Podemos deducir a partir de estos ataques públicos a la reputación de Eduardo II que, en los inicios del siglo XIV, se suponía que el rey no debía ser un hombre como los demás- o al menos no como los campesinos que conformaban la mayoría de sus súbditos varones? Los mismos cronistas se aprovechan de conceptos de virilidad bien conocidos cuando describen a los caballeros del rey defendiendo castillos de asaltos o adquiriéndolos en batalla⁶⁸, e incluso humildes marineros actúan de manera varonil cuando se les permite tomar botín en sus encuentros con los escoceses⁶⁹. Con seguridad, el rey debía emular este tipo de virilidad. De hecho, es su amor por las artes mecánicas lo que se supone lo alejó de ello. Debió mantener sus compromisos con tenacidad, como los barones que defendieron *viriliter* las ordenanzas que pretendieron imponer sobre el rey⁷⁰. Pero no debió involucrarse en actividades simples, aún a pesar de practicarlas con vigor.

Hay razones para cuidarse de generalizar el acento que los críticos de Eduardo II pusieron en la cuestión de su incorrecta fraternidad con ordenes más bajos. De acuerdo a sus críticos, la virilidad y la dignidad regia de Eduardo también se vieron comprometidas por su incapacidad para prestar el debido honor al orden jerárquico de la sociedad. La amenaza representada por Piers Gaveston, tal como es comentada por cronistas laicos y religiosos por igual, es sobre todo una amenaza vergonzante debido a una falla a la hora de honrar la jerarquía social. Para analistas de compiladores tempranos, el retorno de Piers de su primer exilio al inicio del reinado de Eduardo, está acompañado por una serie de escándalos públicos- como el cargar la corona de Eduardo el Confesor antes del rey en su coronación, vestir de púrpura, y humillar a los nobles en los torneos⁷¹. Se sobreentiende que fueron la arrogancia de Gaveston y el excesivo favor de Eduardo lo que complicó la paz que, de otra forma, debió permanecer inalterada.

Se supone que Gaveston habría acuñado apodos insultantes para miembros de la nobleza, provocándolos para que defendieran su honor, y generando en

⁶⁷ *Chronicon of Lanercost*, ed. STEVENSON J., Maitland Club, Edimburgo, 1839, p. 236.

⁶⁸ Véase, por ejemplo, la defensa de Berwick en *Lanercost*, p. 239; el comportamiento del conde de Gloucester en Bannockburn, *Vita*, p. 90, y las tropas en Boroughbridge, *Vita*, p. 212.

⁶⁹ *Vita*, p. 156.

⁷⁰ *Ibid*, pp. 30- 32

⁷¹ *Annales Londonienses*, pp. 151-2; *Annales Paulini*, pp. 258- 62. Cf Higden, *Polichronicon*, vol. iii, p. 300.

consecuencia discordia en el reino⁷². La mayor parte de los historiadores acuerdan en que fue la falta de respeto mostrada por Gaveston lo que contribuyó en buena medida al odio que inspiró entre ciertos sectores de la nobleza. Pero no parece haberse reparado en que estos apodos no eran tales, sino en realidad insultos: epítetos dichos con la intención de atacar el honor del individuo que lo porta y generar o bien una violenta venganza, o bien un silencio humillante. El *Brut* narra que Piers llamó al joven conde de Gloucester *whoreson*, al conde de Lincoln *breast belly*, y al conde de Lancaster, simplemente, *churl*⁷³. Ejemplo de injurias que tienen como objetivo obligar a quienes los reciben a una respuesta violenta, o a una situación vergonzosa si no logran venganza. La mayoría de los historiadores recuerdan el sobrenombre que Piers le dio al conde de Warwick- "*black dog of Arden*"- pero no la réplica dada por la crónica *Lanercost* que atribuye a Warwick una respuesta amenazante- "*if he calls me a dog, certainly I will bite him when I see my moment*"⁷⁴. Y, como bien sabe el cronista, esto fue, de hecho, lo que ocurrió. Warwick junto con Lancaster fueron dos de los hombres más prominentes de entre los que llevaron adelante la ejecución sumaria de Gaveston.

La virilidad tuvo una resonancia particular en el reinado de Eduardo II dadas las derrotas militares y las violentas disputas políticas que lo caracterizaban, y que se sumaron para atacar los pasatiempos mundanos del rey, y la arrogancia de sus *familiares*. Las críticas a los hobbies vigorosos de Eduardo, o sus relaciones con favoritos, sexuales o de otra índole, son siempre estrechamente relacionadas con explicaciones sobre los problemas políticos y militares de su reinado, al punto que uno se pregunta si la crítica a los *rustic pursuits* de Eduardo- una expresión cargada de intenciones, que implica una falta de civilidad animal- habrían sido efectivamente formuladas en tiempos menos controversiales. No obstante, en otro nivel, estas cuestiones siempre estuvieron presentes para ser tomadas y criticadas cuando las cosas salían mal, en términos que invocaban activamente asociaciones bajo medievales de virilidad. En consecuencia, fueron por eso más poderosas, justificando la resistencia al rey y su final deposición en términos que resonaron más allá del rey y de la alta nobleza, hasta llegar a los niveles más bajos de Roberto el Mensajero o John de Powderham, y al público más amplio que chismorreaba sobre estos temas en las tabernas, los mercados, o los caminos.

⁷² e.g. *Brut*, vol. i, pp. 206-7

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ *Lanercost*, p. 216: *si vocet me canem, pro certo ego mordebo eum qaundo videbo tempus meum.*

Entonces ¿podemos ver algún cambio en la relación entre dignidad regia y virilidad? ¿Tal vez un movimiento que se aleje de la visión del mundo en la cual el rey ocupa claramente una esfera separada a una visión en la cual se encuentra juzgado por los mismos estándares que se aplican a otros hombres? Esta es una hipótesis atractiva. Sin embargo, considero que es necesario separar algunos elementos a la hora de pensar la naturaleza de la virilidad, elegir ciertos valores que siempre fueron compartidos entre los reyes y el resto de los hombres, y otros que tienen efectos distintos de acuerdo al contexto social en el que actúan, y sobre todo de acuerdo al punto de vista desde el cual son observados. Parece claro que durante el período en estudio los conceptos de virilidad se asentaron alrededor del vigor militar, la vergüenza a través de la violencia, o vergüenza a causa de insultos que resonaban gravemente para los reyes, tal como lo hacían para los cabeza de familia rurales, u oficiales reales menores. Eduardo III trató de usarlos en su favor a la hora de convencer al pueblo de apoyarlo en sus guerras. Un hombre debía ser vigoroso y de voluntad firme también, y cuando se trataba de asuntos de guerra, o de proseguir una política coherente, la falta de esas cualidades atraían críticas oprobiosas como sucedió con Enrique VI. Pero, en el caso de Eduardo II entramos en un territorio más confuso. La virilidad está tan ligada al honor que el respeto por la jerarquía social pudo ser visto como un comportamiento varonil- y su falta, vista como no- varonil. Esto pudo ser usado para socavar la potencial hombría del incuestionable vigor físico de Eduardo, y para presentar una explicación plausible (para sus contemporáneos) de por qué su fuerza corporal no lo llevó a la victoria militar. ¿Pudo este tipo de estrategia ser menos poderosa al final de nuestro periodo que en el principio? Para establecer esto con certeza se requiere de una investigación más profunda. Lo que está claro es que, en los inicios del siglo XIV, los reyes ya necesitaban ser hombres tanto como reyes para lograr ganar la aprobación de un público cuya opinión era cada vez más importante para el éxito o la derrota política. Sin embargo, para la misma época también es necesario que tengamos presente que los medios para establecer o negar la virilidad de los reyes variaban no solo con el tiempo, sino también de acuerdo a una multitud de posibles estrategias proporcionadas por los variados conceptos de virilidad que podían encontrarse en la Inglaterra bajo medieval.